





# **Un pacto de almas perdidas**



**Vanessa R. Migliore**

**Un pacto  
de almas  
perdidas**

 **FAERIS**

© Vanessa R. Migliore, 2024  
© de esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024  
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

D.R. y © MMXXV G.E.P., S.A. de C.V.  
Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,  
Alcaldía Azcapotzalco,  
02400, Ciudad de México  
Miembro de la Cámara Nacional  
de la Industria Editorial Mexicana  
Registro núm. 43

ISBN: 978-607-574-727-9 (México)  
ISBN: 978-84-19988-30-0 (España)

Primera edición, enero de 2025

*Esta obra no puede ser reproducida, total o parcialmente,  
sin la autorización escrita del editor.*

Descubre aquí el reino de Faeris:



Impreso en México — *Printed in Mexico*



En Hachette Livre México usamos  
materias primas de procedencia  
100% sustentable

*Para todas las que alguna vez fuimos mansas,  
a las que enjaularon y luego nos hicieron pasar por locas.  
Seguid haciendo ruido, disfrutad del arte, de la literatura  
y no bajéis la cabeza. Que el mundo escuche vuestras voces*



# CAPÍTULO 1

## ELIZABETH

Los monstruos eran reales. Acechaban en las sombras y se refugiaban en callejones vacíos a la espera de víctimas incautas. El equilibrio del submundo era tan precario que incluso había quienes preferían no llamarlos así, temían que aquella connotación pudiese ofender a los aludidos. Pero a Elizabeth le gustaba. La musicalidad de las sílabas se derramaba en su lengua y la degustaba con tanto placer como la sangre misma.

Además, ella estaba enamorada de un monstruo.

—¿Es absolutamente necesario que acuda a tu reunión? —preguntó ella incorporándose sobre el codo en la cama.

Él se volvió y, por un momento, pareció confuso ante la pregunta. Alargó la mano y le quitó un rizo del rostro con un cuidado poco habitual. Entonces asintió.

—Es importante —le susurró al oído. Luego se inclinó y deslizó la lengua por la espalda de ella. Las sábanas se enredaban a sus pies mientras las sombras de la tarde languidecían en las paredes oscuras de la habitación—. Después de lo que hiciste con Gema, las cosas están un poco... tensas. Es bueno que te vean y que hables con ellos. Nada de esconderse.

Elizabeth arqueó la espalda mientras cerraba los ojos. El corazón se le aceleraba en el pecho. Se giró, enredó los dedos en los rizos sueltos del vampiro y le acarició los hombros desnudos.

—Pero podríamos quedarnos un poco más en la cama —propuso y los ojos del Conde brillaron—. Un par de horas, quizás.

Augusto suspiró y se incorporó en medio de la oscuridad.

—Por mucho que disfrute de nuestros encuentros, no tengo pensado descuidar mis tareas como líder. Venga, en pie. Tenemos cosas que hacer.

Elizabeth se despezó como un gato. Admiró el porte regio de Augusto mientras este se colocaba la ropa interior. La alcoba estaba envuelta en las sombras de la tarde y, a pesar de ello, Elizabeth contempló las paredes revestidas en seda y los candelabros salpicados por el óxido de los años.

Para Elizabeth, aquel palacete no era más que una colección de vasijas de oro, cuadros robados y un sinfín de muebles recargados. Un espacio creado al antojo de Augusto y los suyos que el mundo exterior conocía como la Villa Mechu. Aunque para ellos era la Guarida. Una fortaleza que les garantizaba seguridad y una existencia apacible gracias a los favores del Conde. Era amplia y gozaba de enormes ventanales. Un enorme jardín rodeaba la entrada principal, y una desgastada fachada los separaba de ojos curiosos.

Elizabeth comprobó el paso de los siglos en las piezas de arte con las que Augusto se empeñaba en decorar la habitación. El mundo tenía la costumbre de cambiar con absoluta lentitud y ellos, algunos mejores que otros, se adaptaban a cada época. La belleza de esos años inmortales adormecía los sentidos de Elizabeth y, en ocasiones, la arrastraba hacia una absoluta indiferencia por la vida.

Le vino a la mente una versión menos monstruosa de sí misma. Una chica mortal cuya vida no dependía de la sangre ni de las reglas de un clan. Una mujer cuyas preocupaciones no tenían nada que ver con el submundo y los monstruos que habitaban en

él. En el fondo, Elizabeth a veces echaba de menos otras vidas, otros tiempos más sencillos.

La mayoría de los vampiros eran capaces de desligarse de su vida anterior hasta el punto de olvidar quiénes habían sido, pero ella se aferraba con ímpetu a sus recuerdos. No quería perder lo que había sido, quería mantener su esencia, aunque estuviese salpicada por su naturaleza de monstruo. En el fondo, seguía extrañándole lo estático de su existencia, lo inmutable que era pese a que todo a su alrededor languidecía.

Elizabeth se miraba al espejo con la esperanza de atisbar una arruga o cualquier imperfección en la piel. Una prueba cualquiera de que estaba viva. Pero nunca había nada distinto. Aquello era una cárcel disfrazada de juventud. Y entrañaba la miseria de una sed constante e implacable.

El pensamiento le arrancó una sonrisa sarcástica en la que Augusto no reparó. Aprovechó el silencio y alargó una mano para coger una copa rebosante de sangre fresca. El Conde elevó una ceja en cuanto ella levantó la copa como una invitación a acercarse.

—No puedo tomarme mucho más tiempo —dijo mientras se sentaba a su lado.

—Son solo cinco minutos; todavía no habrá llegado ni la mitad del clan —dijo ella. Augusto aceptó la copa.

El alivio la recorrió.

—¿Sabes algo de la elección del Magíster?

Si a Augusto le preocupaba la elección, no dio muestras de ello. El Magíster era la máxima autoridad dentro del Pacto, el acuerdo que protegía las sociedades. Gracias a ese organismo, tanto brujas como vampiros, demonios y cambiaformas podían coexistir en el mundo bajo unas leyes destinadas a protegerlos.

—Probablemente lo mismo que tú —replicó él con la voz dura como el acero.

Al contrario que muchos dentro de las sociedades, Augusto no se doblegaba ante los nervios previos a la elección y eso a ella le

gustaba. La seguridad con la que se imponía ante el mundo era una fuerza magnética hacia la que Elizabeth se sentía atraída.

El Conde la miró en silencio y esbozó una sonrisa tirante con la intención de acabar con las dudas de Elizabeth. Con algo de suerte, el clan gozaría de una posición privilegiada en las próximas elecciones. Siempre y cuando los planes de Augusto salieran tal y como esperaba.

—Aún no se ha decidido la fecha —susurró Augusto—. Sospecho que nuestra actual Magíster estará ocupada durante las próximas semanas; tiene que recibir a la comitiva internacional, gestionar los preparativos de cara a la elección. Sería una bendita coincidencia que sus hijos decidieran ofender al Cónclave internacional poco antes de la elección. He escuchado rumores acerca de lo que pasó en Londres. Eso nos ofrece una ventaja; tendrá menos papeletas para ganar.

El Cónclave era el encargado de preservar el legado de las sociedades y asegurarse del cumplimiento de las reglas, y la Magíster se encargaría de organizar un recibimiento digno de la realeza.

—El hijo mayor no hará nada que pueda perjudicar a la madre —repuso ella dejando la copa vacía a un lado. Se echó sobre Augusto y le mordió el labio inferior. Sabía a sangre, a fuego—. Y el del medio es tan imbécil que no me sorprendería que lo mantuvieran al margen de todo esto.

Demetria, la Magíster del Pacto en España, era una bruja poderosa que llevaba casi tres décadas liderándolo. Una mujer de carácter fuerte, un temple que desafiaba a los más osados de las sociedades. Además, tenía tres hijos, y el del medio, Jonathan, nunca se había esmerado en ocultar el desagrado que le producían los hijos de la noche. A Elizabeth le disgustaba su actitud y que se paseara a sus anchas con aquella prepotencia tan propia de su familia.

—No me gusta cuando frunces el ceño —susurró el Conde contra su oído. Ella lo apartó un poco para admirar aquella man-

díbula fuerte y lisa. El pelo oscuro y espeso le caía sobre la frente—. Así está mejor.

La besó de nuevo y, tras un instante, se separó. Ella nunca hubiese imaginado que terminaría enrollada entre las sábanas del Conde, algo que no le causaba ni pizca de culpa. Lo de ellos dos era un secreto, por supuesto; el clan no vería con buenos ojos que Augusto mostrase debilidad carnal por una de sus sometidas. Sabía que, en cuanto alguno se enterara, saltarían las alarmas ante la idea de que el Conde tuviera una favorita dentro del clan. Además, ella ambicionaba convertirse en Condesa y estaba dispuesta a conformarse con mantener esa aventura en secreto. Al menos, de momento. Después de todo, hacía cosa de un par de meses, Augusto había manifestado la necesidad de una esposa que le ayudase a gobernar el clan y que compartiese la carga que le suponían sus negocios.

El poder era mejor que las joyas, mejor que la vida eterna, y a ella le atraía. Lo anhelaba con un dolor que parecía prohibido.

—¿Cuándo llegará el comité del Cónclave? —preguntó cuando el Conde le dio la espalda.

—En un par de días. Demetria les hará un recorrido por las salas privadas de la sede y los llevará a los mejores rincones de la ciudad. Dicen que incluso tiene reservada una sala del Palacio Real para una cena exclusiva.

Aquello despertó su interés.

—¿Crees que tendremos una posibilidad de ganar las elecciones?

—Las brujas llevan casi cien años dirigiendo el Pacto y la gestión de la última década deja mucho que desear —dijo él—. Los demonios tienen demasiado poder en el Pacto, creen que la alianza con las brujas los hace intocables. Campan a sus anchas y apenas respetan los límites que nos imponen a nosotros o a los cambiaformas.

La boca se le arrugó con desdén al pronunciar la última palabra. Incluso los cambiaformas quedaban mejor parados dentro de

las leyes del Pacto. Al menos ellos no tenían que justificar cualquier movimiento y no eran los primeros sospechosos si algo salía mal. En ese caso estaban los vampiros o, por supuesto, los repudiados.

Elizabeth chasqueó la lengua y pensó en la posibilidad de una vida sin justificar al Pacto cada movimiento, cada decisión. Desde hacía unas décadas en el clan de Augusto se respiraba el descontento hacia el Pacto. Todas las sociedades estaban ligadas mágicamente al Pacto. Era un juramento irrompible que los sometía a cumplir sus leyes. Si el Conde no había hecho ningún movimiento era precisamente por las repercusiones que podría tener que el resto de sociedades se volviera contra los vampiros.

Pero eso no hacía que las reglas fuesen justas. Necesitaban un cambio y la elección de un nuevo Magíster era su oportunidad.

—Estoy cansada de esta situación —soltó ella.

—Eres muy joven todavía.

Elizabeth se tensó ante el tono paternalista. Le gustaba la fuerza de Augusto, pero odiaba cuando se afanaba con tanto ahínco en remarcar su superioridad.

—La paciencia es una virtud y está a punto de llegar nuestro momento —continuó Augusto.

Elizabeth se incorporó y recogió el vestido escarlata del suelo.

Frente a ella colgaba un cuadro de Rembrandt, *Tormenta sobre el mar de Galilea*. Una de sus obras de arte favoritas, una que la arrastraba fuera de su espiral de preocupación, pues Rembrandt no solo era una de las mentes artísticas más inspiradoras, sino que además aquel cuadro poseía una fuerte carga sentimental y dramática. El Conde lo había comprado en una subasta del mercado negro y a Elizabeth le producía cierto resquemor que colgase en las paredes de esa habitación. No es que Elizabeth fuese un alma bienintencionada convencida de que las obras maestras del arte deben estar a disposición de todos. Lo que la molestaba era no haber sido ella quien se hiciese con esa obra.

—¿Sabes que lo compré para ti? —Le acarició el cuello y aproximó el pecho a su espalda—. Sé que te gustan estas fruslerías.

La mayor parte de sus primeros años como vampira se había dedicado a ser la musa de cuanto artista se encontrara. Al Conde no le entusiasmaba su pasión por el arte, pero Elizabeth se aferraba a él con desesperación.

—Entonces puedo llevármelo a casa —bromeó.

—Esta habitación es tuya, Elizabeth.

Era mentira, por supuesto. Nada en la habitación le pertenecía y ella debía conformarse con los silencios de él, responder a su llamada y doblegarse ante sus exigencias. El agujero en su pecho se hizo más profundo, casi doloroso. En los últimos años se había convertido en una experta en fingir; disimulaba sus decepciones con tanta facilidad que a veces conseguía engañarse a sí misma.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti? —El Conde sonrió—. Lo mucho que escondes tus sentimientos. Los guardas dentro de una caja fuerte lejos de todos. Eso te hace fuerte.

Elizabeth le regaló una sonrisa y contuvo la frustración que le producían aquellas palabras. Le habría gustado decirle que a veces se sentía como una esclava de esas emociones silenciadas. Que a veces la engullían y la hacían sentirse de piedra; siempre tan encerrada en sí misma que nadie podía ver las fisuras de su alma.

Por supuesto, no lo hizo. Mantuvo los labios apretados y se tragó la indignación mientras él se abotonaba los puños de la camisa.

—La reunión de esta noche es importante. —El Conde se ajustó el cuello del chaleco con parsimonia y se miró al espejo—. Tengo la sensación de que el destino del clan está a punto de cambiar para siempre.

\*\*\*

Cuando entró en el salón de celebraciones lo primero que Elizabeth percibió fue el sonido apaciguado de los latidos lentos. Un ruido tenue al que estaba bien acostumbrada. Existían muchísimas diferencias entre los vampiros y los vivos. Para empezar, sus

corazones latían a un ritmo menor que el de los mortales, se re-  
cluían durante el día y por las noches caminaban con absoluta li-  
bertad por el mundo. Los vampiros habían aprendido a lo largo  
de los siglos cómo moverse entre las sombras y convivir con los  
humanos que desconocían su existencia gracias a las normas del  
Pacto. Solo así garantizaban ese perfecto equilibrio entre las socie-  
dades y el resto del mundo: ocultándose.

Muchos insistían en la importancia del Pacto por la seguridad  
que este brindaba a las sociedades. Precisamente, eran las leyes del  
Pacto lo que protegía la existencia de las diferentes criaturas  
del submundo. La Magíster tenía la misión de liderar ese acuerdo  
y garantizar el equilibrio entre vampiros, brujas, demonios y cam-  
biaformas.

Eso no significaba que no existiesen ciertos vacíos legales.  
Y estos resultaban de los más convenientes para los negocios tru-  
culentos de Augusto. Incluso cuando la ley era estricta, habían  
aprendido a buscar esos resquicios por los que podían sacar pro-  
vecho. Por ejemplo, el clan de vampiros se aprovechaba de las am-  
bigüedades para el tráfico de los polvos demoníacos, una potente  
droga especialmente creada para los monstruos.

Por desgracia, en los últimos meses el tráfico de los polvos de-  
moníacos había caído por culpa de las redadas del Pacto, por lo  
que Augusto estaba perdiendo beneficios. Esa era la razón princi-  
pal por la que la reunión del clan era tan importante.

Elizabeth caminó por una amplia estancia con el alto techo  
decorado por dos enormes lámparas de vidrio cuyos destellos roji-  
zos se reflejaban en los cristales de las ventanas negras. Era el sa-  
lón-recibidor de Villa Mechu, la Guarida. A pesar de lo temprano  
que era, Elizabeth se dio cuenta de que el salón estaba casi lleno.

Nadie se fijó demasiado en ella y eso le supuso un alivio cuan-  
do se deslizó junto a un par de vampiros que aguardaban a la en-  
trada del salón y vigilaban el ancho pasillo por el que accedían los  
invitados. Sobre la puerta de roble colgaba un blasón dorado con  
las iniciales del Conde grabadas bajo un escudo de armas que da-

taba de hacía casi cuatro siglos. Un águila sobre una corona de espinas.

Elizabeth miró a la multitud hasta que dio con la persona que buscaba. Carmilla esperaba junto a la escalinata de mármol; llevaba un vestido de manga larga salpicado por un centenar de lentejuelas plateadas que se ceñían a su robusta silueta, el pelo rubio recogido en una trenza decorada por perlas y los ojos delineados con lápiz azul. Una copa de sangre colgaba entre sus dedos. En cuanto se fijó en Elizabeth, se acercó a ella con una mueca de aburrimiento.

—¿Es necesaria tanta parafernalia? —inquirió Carmilla—. ¿Qué pretende Augusto?

—Es una reunión antes de las elecciones. Ya sabes cómo es.

—¿A ti te ha comentado algo?

Había más que una duda en la pregunta de Carmilla.

—No.

Carmilla la miró con suspicacia y Elizabeth se encogió de hombros quitando importancia al asunto. Apenas existían secretos entre las dos.

—Dicen que ha vuelto el hijo de la Magíster, Jonathan. Demetria lo quiere aquí para las elecciones.

—Ojalá se hubiese quedado en Londres —espetó Elizabeth con el asco deformándole los labios—. Inmiscuirlo en nuestros asuntos cuando él no pertenece a este mundo es ridículo.

—Pero es el hijo de una bruja.

—¿Y?

—Que aunque no pueda heredar la magia, tampoco encaja en el mundo de los mortales. Además, ya sabes cómo es la Magíster. —Hizo una pausa y chasqueó la lengua—. Demetria siempre trata de demostrar que posee una familia ejemplar. Se esforzará bastante de cara al Comité. Mucho más con las elecciones tan cerca.

Elizabeth sacudió la cabeza con fuerza. Decidió que no merecía la pena pensar en ese niño, y mucho menos cuando el Con-

de estaba a punto de presentarse como candidato para Magíster. Además, era evidente que Demetria quería mantener un control absoluto de la situación. Por eso el Comité Internacional del Cónclave visitaba la ciudad, por las elecciones del Pacto. El Cónclave era el organismo encargado de hacer cumplir las leyes en los Pactos de cada país y estaba conformado por los miembros más selectos de cada sociedad. Cada diez años se elegía al Magíster nacional y para el acto asistía una comitiva internacional. En España, Demetria llevaba casi veinte años a la cabeza del Pacto. Cada sociedad presentaba un candidato y el Comité Internacional hacía unas votaciones que casualmente siempre se inclinaban hacia las brujas.

Elizabeth apartó ese pensamiento, alzó el rostro y se fijó en Hugo, que acababa de aparecer en la sala. La fuerza de sus movimientos revelaba una determinación y confianza que rayaban en lo obscuro. Hugo no solo poseía un ego desmesurado, también hacía gala de poder dentro de sus propias esferas. Era alguien demasiado peligroso. Incluso el Conde recelaba de él. Pese a la amistad que Hugo mantenía con Carmilla, Elizabeth no terminaba de entender sus intenciones. Además, le ponía de los nervios aquella enorme sonrisa.

—Una celebración digna de reyes —soltó Hugo cuando llegó a su altura—. Tengo que felicitarte por tu trabajo acabando con Gema, Elizabeth. La Magíster estuvo rondando por el cementerio y se tomó muchas molestias en interrogar a todo mi grupo.

Pese a sus palabras, la voz de Hugo carecía de agradecimiento.

Llevaba un traje negro que acentuaba su piel oliva; los ojos rojos muy abiertos enmarcados por unas cejas espesas del color de la noche. Estaba acompañado por Lola y Almudena. Las dos acólitas más jóvenes del clan de vampiros.

—Una manera efectiva de limpiar la ciudad de cara a la visita del Cónclave —apuntó Almudena, cuyos ojos brillaron entusiasmados—. Ojalá hubieras hecho lo mismo con los repudiados; han saqueado dos tumbas y nadie dice nada. ¿O es que los repudiados

son cosas del Pacto y las acciones de Gema solo le conciernen al Conde? ¿Te pidió Augusto que la mataras o simplemente te apeteció cuando la visitaste en el Mercado de los Huesos?

A Elizabeth le molestó el veneno en las palabras de Almudena.

—Gema hacía gala de unas prácticas terribles —replicó Elizabeth mirando a Almudena a los ojos—. Pertenece al clan, a diferencia de los repudiados, así que rendía cuentas a Augusto. Alguien tenía que pararle los pies.

—¿Matándola?

Los dedos de Elizabeth apretaron la copa de sangre. Sus labios se convirtieron en una línea tensa. Gema era una de las sometidas del clan y desde hacía algunos meses suponía un estorbo para los intereses de Augusto. Estaba traficando con polvos demoníacos por su cuenta y Elizabeth había descubierto que ocultaba un cargamento de la Dulce Muerte, la nueva droga de moda entre las sociedades, lo que suponía una pérdida de beneficios para Augusto. Hacía tan solo una semana, Elizabeth se vio en la necesidad de recurrir a métodos poco ortodoxos con tal de garantizar el equilibrio del clan. Era cierto que el Conde no le pidió la muerte de la vampira, pero las cosas se torcieron tanto que Elizabeth terminó por clavarle una estaca en el pecho y hacerse con el cargamento. No es que el resultado hubiese alterado a Augusto, pero ella era demasiado consciente de que no estaba demasiado satisfecho con lo ocurrido.

—¿Sabes lo que hacía? ¿Además de vender Dulce Muerte a mortales? Estaba secuestrando adolescentes, críos que utilizaba para su disfrute. —Elizabeth se tragó el asco—. Gema traicionó la confianza de Augusto, estaba inmiscuida en asuntos turbios, Hugo, tú más que nadie sabes que no podemos permitirnos ningún cabo suelto antes de las elecciones.

La rabia brilló en los ojos de Hugo.

—¿Eso somos los que no encajamos en los planes de Augusto? ¿Cabos sueltos? —preguntó Hugo haciendo que Carmilla soltara un bufido de incredulidad—. El resultado siempre es el

mismo y hace no demasiado tú también disfrutabas de unos gustos peculiares. Te divertías cazando a tus anchas, y en más de una ocasión nos diste problemas, solo que el Conde salió en tu defensa y quedaste impune.

Una sonrisa apareció en los labios de Elizabeth.

—Yo siempre seré un monstruo, querido —soltó y no le importó que otros escucharan porque nada de lo que hubiese hecho Elizabeth se comparaba con lo de Gema—. Pero cualquier acto que pueda suponer una amenaza para nuestra existencia merece ser condenado. Estamos a días de la elección, lo último que necesitamos es que Demetria se entere de esto.

Hugo apretó los labios.

—Así que eres la justiciera del Conde.

—Eres insoportable —espetó ella.

—Dime —susurró él—, ¿Anabel fue una víctima más del Conde?

La expresión divertida de Hugo flaqueó cuando Elizabeth alargó la mano y lo agarró del cuello.

—Ten cuidado con lo que sugieres. Yo no tuve nada que ver con lo que le ocurrió. Ni se te ocurra volver a mencionarla.

Y lo decía de verdad. El nombre de Anabel estaba vetado en las conversaciones del clan y sacarlo justo aquella noche era demasiado estúpido y arriesgado. No, en el clan nadie hablaba de la traición de Anabel y sus consecuencias.

Elizabeth habría querido gritar que Gema era peligrosa. En lugar de ello, le quitó la copa de las manos a Carmilla y se la bebió de golpe. No era tan embriagadora como la sangre, nada lo sería nunca, pero el alcohol calmaba las terminaciones nerviosas.

Hugo no dijo nada más, se alejó con expresión asesina dejando a Elizabeth con una molestia en los huesos. Esperaba que en el clan cuestionaran lo ocurrido con Gema, pero no imaginaba que Hugo se mostraría tan ofendido. Archivó mentalmente la información y se prometió vigilarlo de cerca; puede que estuviese implicado en el cargamento de drogas de Gema.

—Tres siglos con estos vampiros y sigo sin entenderlos —susurró Carmilla a su lado.

—Hugo ni siquiera se llevaba bien con Gema —repuso Elizabeth—. Parecía... perturbado.

Por suerte para ella, no necesitó decir nada más. En ese momento apareció un camarero con una bandeja cargada de copas a rebosar de vino y sangre. Elizabeth se fijó en sus ojos y cogió una copa esperando que la noche mejorara.

—Creo que va a comenzar —susurró Carmilla y tiró de su mano para acercarse un poco.

Un aplauso recorrió el salón en cuanto Augusto descendió por la escalinata. Llevaba aquella sonrisa cargada de confianza de quien está acostumbrado a gobernar.

Elizabeth sintió un cosquilleo suave en los labios; el Conde la miraba. Era un gesto íntimo, cargado de significado que encendió un repentino entusiasmo en el corazón de ella. Tuvo la tentación de sonreírle, pero se mordió la lengua para no ceder al impulso. Esa era la regla crucial entre ellos. Ninguna emoción, ningún gesto que pudiese comprometer su relación. Ella había aceptado los términos sin rechistar, pero últimamente notaba el cansancio que le producía esconderse del mundo.

—¡Bienvenidos! —dijo el Conde con voz firme desde el centro del salón. La luz de la lámpara arrojaba destellos sobre sus pómulos altos, lo que le otorgaba un aspecto imponente—. Hoy es un día importante. Como ya sabéis, en pocas semanas se celebrarán las elecciones a Magíster. Hasta ahora, los vampiros nos hemos visto relegados a un segundo plano, pero eso va a cambiar.

Los invitados mostraron su aprobación con un vítor colectivo y Augusto mostró los largos incisivos en una sonrisa.

—Ha llegado el momento de acabar con este circo —continuó Augusto estudiando los rostros a su alrededor—. Llevo más de un siglo fortaleciendo al clan hasta que seamos suficientemente poderosos como para cambiar las reglas que nos atan a un jura-

mento absurdo. Los vampiros no somos seres que se puedan dominar. Somos pasionales, tenemos hambre de vida...

Su voz se ahogó bajo un nuevo aplauso.

—He firmado un acuerdo con el clan de Londres —continuó en cuanto el silencio se interpuso—. Tenemos una alianza con una de las enviadas del Cónclave.

En lo alto de la escalinata apareció una mujer increíblemente atractiva. Todas las miradas cayeron sobre aquel rostro pálido en el que ardían un par de ojos rojos. Sus labios almidonados sonrieron cuando tomó la mano de Augusto. Sus dedos eran diminutos en comparación de los del Conde. La desconocida llevaba un vestido de plumas que se mecía como el mar a sus pies. Parecía que flotaba. Una envidia secreta devoró a Elizabeth al ver cómo los ojos de Augusto brillaban al contemplar a la recién llegada.

—Os presento a Daphne —dijo mientras tomaba aire—. Mi futura esposa.